

Palabras como sueños



Carlos de la Ossa es uno de los primeros poetas que escribió sobre San José como una ciudad concreta. GUSTAVO ADOLFO CHAVES PARA LM.

Tiempo y tradición

CARLOS DE LA OSSA
HA PUBLICADO EL
POEMARIO 'MARÍA'
(EUCR), CONTINUACIÓN
DE SU VASTA OBRA

Carlos de la Ossa es uno de los poetas más prolíficos del último medio siglo en Costa Rica. Tiene en su haber más de una quincena de libros publicados y "memudencias" adicionales como el Premio Nacional de Poesía Aquileo J. Echeverría de 1979 por su poemario *Imprimatur IV*. Sus poemas han circulado hasta el agotamiento en dos antologías: *Obra poética* (que recoge sus siete libros llamados *Imprimatur*) y la *Antología de la primavera* (donde entró casi todo lo demás). Son dos libros que recogen casi 30 años de poemas divagadores y reincidentes en la vida de un poeta disoluto y obsesivo.

Desde hace varios años, De la Ossa vive retirado en Miramar de Puntarenas, en una casa con jardines espontáneos y un mirador con vistas a la Península de Nicoya. A un costado queda el cementerio local (el "aeropuerto intergaláctico", lo llama el poeta). El lugar inevitablemente hace pensar en aquellos versos suyos del *Imprimatur III*, de 1977: "Me he alejado mucho de la ciudad / he llegado al mar con un muerto / sobre el hombro".

Después de casi un año de intentar localizarlo, finalmente pudimos dar con él y entrevistarlo en un par de ocasiones. La primera vez, en julio del 2006, el poeta nos ofreció un *tour* por su casa, que lo puso de buen humor y lo animó a hablar de su trabajo con más soltura, incluso sin necesidad de preguntas.

Casi de entrada nos confió su mayor preocupación existencial: "Mirá, todavía no hemos resuelto el problema del amor".

Romántico a destiempo. Los versos de Carlos de la Ossa son hijos de un concubinato entre el más arraigado estereotipo lírico (la expresión rebuscada, la imagen impenetrable) y la poesía entendida como expresión consciente del mundo: un mundo que no siempre es bello y que a veces, de hecho, se mira mejor desde sus ángulos menos fotogénicos: "Después de todo / la chatarra de los techos / y los comedores públicos / tienen algo mío / cada vez que lo pienso", dice el poeta en la "Elegía VII" de su *Imprimatur I*, de 1970.

Por cierto, estas aparentes contradicciones expresivas son las mismas que han marcado a la poesía costarricense casi desde sus inicios. En este sentido, los poemas de Carlos de la Ossa arrastran, como pocos, el lastre entero de nuestra historia literaria.

De la Ossa nunca se ha llevado

muy bien con la historia. Como poeta, ha querido ser un romántico iluminado en un tiempo con modales más bien escépticos; y, como testigo de su época, no se ha sentido tentado a cambiar al mundo, ni mucho menos a solucionar *el problema del amor*. Todo parece estar más allá de él. Desarraigado de la ciudad y de los grupos, de la Ossa parece existir sólo en sus poemas.

Con todo, De la Ossa tiene la visión suficiente para constituir una lectura imprescindible: él es uno de los primeros poetas nacionales que se atrevieron a escribir sobre San José como ciudad concreta, no como proyección de cualquier otra. De por sí, en su desgaste, San José es la ciudad más *delaosseana*, más en caída, que puede imaginarse.

En nuestra segunda entrevista, en enero del 2008, el poeta reveló: "La ciudad de mis poemas es un poco yo. El San José de mi infancia fue la casa de los abuelos; un ambiente muy cerrado. Cuando crecí, empecé a descubrir las calles, los bares, la gente nocturna, los lugares prohibidos, la zona roja. Vi un San José totalmente distinto y me gustó. Me metía en los bares y ahí escribía. Me pasaba toda la madrugada escribiendo".

Poemas-elegías. Guillermo Sáenz Patterson ha mencionado la íntima nostalgia que traslucen los poemas de Carlos de la Ossa. Carlos Francisco Monge ha hablado de su *lirica egocéntrica*. Otros lo han llamado poeta metafísico, místico o difícil. Al final, con cada etiqueta, las preguntas se propagan y las certezas se disipan con respecto a este poeta que nunca renunció a ser, sobre todo, un joven asombrado y disperso, tan conmovedor como indulgente.

A un poeta se le puede preguntar sobre su vida, pero es a sus poemas a los que debemos preguntar por la nuestra. Por esto es tan difícil contradecir la aspiración sublime en los poemas de Carlos de la Ossa: si a veces se les nota demasiado el control atroz de su idealismo, esa misma fe ciega en sí mismos es lo que los mantiene vivos para nosotros.

"¿A qué cantan las elegías de Carlos de la Ossa?", se preguntaba hace años Carlos Catania con su habitual sagacidad. Es una pregunta que sigue pendiente, pero, con su último libro, *María*, el mismo de la Ossa ha empezado a delinear una respuesta.

Alguien como él solo puede cantarle al sueño que pasa y se transforma en conciencia, a la huida imparable del tiempo, y al último sorbo de ese vino ideal que es la poesía. Así lo expresa el poeta en "Terra finita", uno de los poemas de *María*: "Alza graves voces la campana en su bronceado vuelo / y la brisa impúdica en su alborada crin solloza / porque la vida se acaba pronto / y el vino tinto y el tiempo". ■